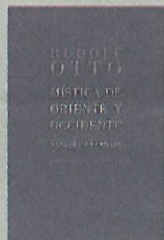


Cuatro visiones de Oriente

Hacia la India y Japón



INDIA
Chantal Maillard. Pre-Textos. 852 páginas. 35 euros



MÍSTICA DE ORIENTE Y OCCIDENTE
Rudolf Otto. Trotta. 360 páginas. 23 euros.



KIGO
Nara Seiko Ota y Teresa Gallego. Hiperión. 643 páginas. 18 euros.



FURINKAZAN
Yasushi Inoue. Sexto Piso. 288 páginas. 22 euros.

misticismo genérico, intemporal y ahistórico que impugnaría la variedad de las manifestaciones particulares.

El texto recoge las conferencias que en el marco de las 'Haskell lectures' pronunciaría el autor de 'Lo santo' en Ohio, durante el invierno de 1923-24 y se desarrolla, en consonancia con lo apuntado, en un doble movimiento de establecer los curiosos paralelismos y el asombro parentesco, mediante semejanzas, coincidencias e incluso identidades, pero también las diferencias y extrañamientos entre ambos místicos, exegetas e intérpretes, en el caso de Sankara de las antiquísimas 'Upanishad', en especial la 'Bhagavad Gita' y en el caso de Eckhart de las Escrituras. Cuando leo a Otto no sé qué me conmueve más, si su eru-

cción vertical, nunca a la violeta, o el sentimiento que pone en preservar en los hondos del alma, en relación con la humildad, la gracia y la ética, lo sagrado, lo numinoso en acepción más precisa de este teólogo y filósofo, catedrático de Marburgo, firme defensor del entendimiento, la aproximación y el diálogo entre las diferentes creencias, como demuestra este libro.

Para acercarse a una visión de la sociedad nipona clásica nada más adecuado que 'Furinkazan', la epopeya del clan Takeda recreada por Yasushi Inoue, uno de los narradores de referencia del s. XX del país de referencia del sol naciente. Los cuatro caracteres del título, que podrían leerse como divisa, en polvo de oro sobre seda azul marino, en los estandartes y pendones del ejército, se tra-

«Pocos escritores españoles se han acercado a la India como Chantal Maillard»

«Para tener una visión de la sociedad nipona clásica nada más adecuado que 'Furinkazan', la epopeya del clan Takeda»

ducirían como: «sé rápido como el viento, sé silencioso como el bosque, sé fiero como el fuego, sé sereno como la montaña», toda una declaración de principios, de las cualidades que debe reunir un auténtico samurái. La novela se remonta al s. XVI, al período de los señoríos guerreros conocido como época Sengoku y se centra de entrada, jugando al despiste, en un samurái errante a causa de su vida disoluta, hábil y cruel, diestro y veloz con el sable, «con algo abominable tanto en su cara como en su figura», lo que provoca que la gente lo evite.

Siguiendo las correrías de este siniestro vagabundo, damos con el héroe principal de la historia, otro personaje de cuidado, no menos aborrecible, lastimoso y malencarado, y por si fuera poco tuerto, cojo,

casi enano y con un dedo co-razón amputado, aunque corre el rumor de que es virtuoso en la esgrima, sagacísimo en sus actos, valeroso como pocos en el campo del honor y reputado estratega. En realidad es un intrigante aúlico que se desenvuelve como pez en el agua entre catástrofes naturales, maniobras políticas, pasiones esdrújulas y el fragor continuo de veinte años de guerras feudales. A partir de ahí, Inoue nos sumerge con mano maestra en un mundo ancestral, bronco, despiadado, igual de remoto y ajeno que de fascinante, sumido en desgracias agrícolas y una violencia extrema, pero donde, entre las ambiciones y traiciones de los señores de la guerra, a veces se asoman el respeto, el sacrificio y la distinción como virtudes capitales. Una novela

histórica trepidante: batalla tras batalla, hasta la final, cuerpo a cuerpo, entre la niebla, asistimos a un despliegue bélico espectacular, de una épica sobrecogedora y una belleza singular, digno de 'Ran' de Kurosawa, por ejemplo.

Como contraste y compensación del mundo heroico y tosco de los samuráis, qué mejor que la frágil sutilidad, instantánea, del jaiku. En 'Kigo' (Hiperión) la hispanista de Nara Seiko Ota y la burgalesa Teresa Gallego, han seleccionado, con anotaciones hartamente pertinentes, en torno a dos centenas de jaikus. El volumen cuenta, además, con una introducción del especialista Fernando Rodríguez-Izquierdo, autor del fundamental ensayo 'El haiku japonés'. Entre los escogidos, hay un montón de haijines que desconozco, si bien me dicen más los clásicos como Yosa Buson, Matsuo Basho o Masaoka Shiki. Los poemas se agrupan, en función de la palabra que los enmarca en una época determinada del año y da título a la compilación bilingüe, en las cuatro estaciones, más el tiempo de Año Nuevo. Esta ordenación temporal, de primavera a invierno, ya había aparecido en otros libros de esta editorial consagrados a la estrofa por antonomasia de la lírica japonesa, pero éste es el primero que sigue a pies juntillas la estructura de 'Saijiki' o diccionario de kigo de las cinco estaciones, que en realidad se divide a su vez en veinticuatro subestaciones, que las antólogas describen gozosa y pormenorizadamente en un capítulo. Dato hartamente indicativo de la extrema sensibilidad de los japoneses, ya Otto hablaba de «los enigmas de la escuela zen», hacia la naturaleza, de índole sintoísta, conmovedora, que continúa jugando un papel crucial en su cultura. Qué envidia, según andan por Occidente las cosas.

Tengo un buen amigo de Osaka que se llama, como el general Takeda y condestable o shugo de Kai de 'Furinkazan', Harunobu, para los cercanos Haru, apócope que significa primavera. Ahora me lo imagino, antes de que florezcan los cerezos, recostado en un almeiz, a mitad de una ladera, después de caminar y caminar sin detenerse entre pedregales, esperando que pase un palanquín, en medio de una suave nevada, sabiendo que tras sus cortinillas viaja una delicada y sensual concubina. O durante la fiesta de otoño, admirando en la noche clara la luna llena mientras escucha de labios de su madre, muy aficionada a la poesía, jaikus de su haijin favorito, Tameda Santooka, que también figura en la antología 'Kigo'. Le mando ánimos, porque el Valladolid, del que fue socio y que me consta sigue cada jornada, ha descendido.